



Tiempo de guerra

Juanita Perdomo y Norge Céspedes
| foto: **Archivo familiar**

—Hay tiroteo allá afuera, Víctor —dice Flora Chávez, mientras remueve a su esposo para que abra los ojos.

—¿Qué tiroteo ni qué tiroteo? ¡Es medianoche, c.....! ¡Déjame dormir!

—Te digo que algo pasa. Oye, oye...

—Lo que tú tienes es una pesadilla...

Era la madrugada del 17 de abril de 1961 y lo de Flora no era un sueño, de eso se convenció Víctor Caballero... Corrió a un montecito cercano, cobijó a su mujer con los tres hijos: Martica (seis meses), Teresa (siete años) y Orlando (ocho años). Se marchó a ver qué sucedía.

Al poco rato estaba bajo las órdenes del teniente del Ejército Rebelde Raúl Señarís, sin imaginar que había comenzado a vivir una singular guerra para salvarse a sí mismo y salvar a los suyos de la invasión yanqui, una de las tantas dramáticas historias protagonizadas por la familia cenaguera.

—Coge el motor que tú tienes y llévate a Jesús para la Comandancia del Australia, está muy mal herido —le encomendaron.

Eran como las tres de la mañana y al llegar al entronque de Playa Larga les salió un camión cargado de milicianos. Trató de esquivarlo, pero se volcó. Grande fue el susto, pero por suerte no les ocurrió nada, y en el propio transporte del Batallón 339 evacuaron al herido.

Antes de marcharse, Víctor pidió a un compañero que le hallara mejor protección a su familia y se dirigió a la zona de Caletón en busca de otras instrucciones. “El teniente Señarís está herido. Te toca sacarlo”, le dijeron.

Alfaro condujo a Flora con los niños hasta la draga que desde hace algún tiempo habían traído para limpiar la desembocadura del río. No se vio en los alrededores otro sitio más seguro que ese. Se escondieron debajo de la gran mole de metal. Alfaro volvió al combate.

Como la draga quedaba cerca de una trinchera, pudieron oír con nitidez la noticia: ¡Han matado a Víctor! Los combatientes escuchaban el llanto de Flora, a quien Alfaro consolaba diciéndole que esas eran suposiciones. Que tuviera esperanzas.

Eso quería Flora, pero sentía que ya había perdido a Víctor y que ella misma y los niños estaban a punto de perderse también. La ahogaba el olor a pólvora, los ruidos la desquiciaban, le causaba pavor el estremecimiento de la tierra cada vez que caía una bomba. Temía, además, que la draga no soportara, que las balas traspasaran el metal.



Víctor y Flora, en la actualidad.

Como si eso no bastara, cuando aclaró observó lo que había quedado de su casa: ripios, escombros.

Cerca de las 10 de la mañana apareció una camioneta. La manejaba Roberto Suñi, un vecino. Entre el tiroteo la familia avanzó y afortunadamente lograron salir. Flora, sin embargo, tenía la corazonada de que algo le sucedía a su esposo.

Cuando Víctor reapareció, los mercenarios dominaban el entronque de Playa Larga. Lo alcanzaron con una ráfaga. La moto dio unas cuantas vueltas y se incendió. Impactado en la pierna y en la frente, quedó en el terraplén, suerte que lo encontró un integrante del Batallón 339...

Con un cuchillo le arrancó una manga de la camisa y la utilizó para venderlo. “Negrón, me salvaste la vida”, le agradeció Víctor.

Junto con ellos estaba también Raúl Señarís. ¿Cómo habría llegado hasta aquí?, se preguntaba Víctor, mientras el dolor y una calibre 50 los mantenían en jaque.

Además de superarlos numéricamente y en armamentos, los invasores ocupaban la mejor posición de la carretera, justo en la parte más alta. Mataron a varios integrantes del 339. Una granada le desbarató el pecho y la cara al que salvó a Víctor.

Como a las siete de la mañana le dispararon a un camión cargado de familias evacuadas. Víctor y los demás combatientes gritaron que se trataba de mujeres y niños, pero los mercenarios abrieron fuego sin piedad.

Víctor Caballero se aterrorizó, creyó que ahí venía su familia, corrió hacia allá, se trepó en medio de las llamas. No estaba su gente, pero sí algunos vecinos. Vio a Cira María García herida de gravedad: “Yo sé

que me voy a morir, pero ustedes no se rindan, no se dejen ganar”.

Bajó algunos cuerpos y sin conocimiento al chofer Gregorio Moreira.

Los colocó detrás del camión y volvió a su puesto de combate. Al rato, los invasores se llevaron a todos los sobrevivientes... En la carretera quedaron tres cadáveres, entre ellos el de Dulce María Martín, de 14 años.

Los mercenarios atacaron una trinchera, le lanzaron varias granadas y luego remataron a los heridos, pinchándolos con la bayoneta o sencillamente dándoles un tiro en la cabeza.

Víctor le dijo a Raúl que debían tratar de huir o acabarían de ese modo. Raúl estuvo de acuerdo, pero ¿cómo iban a hacerlo si tenían una calibre 50 que barría con el primero que se atreviera a levantar la cabeza?

“Esperemos el momento de recambio de la cinta de la ametralladora”, propuso Víctor. Así lo hizo, entonces corrió, aguardó unos minutos, se lanzó al suelo y arrastrándose llegó hasta un montecito. Se le unieron Raúl y Andrés.

—Bueno, ahora a caminar.

—Sigan ustedes, yo no puedo, déjenme aquí con mi arma: tiene una bala, si ellos vienen me pego un tiro, les propuso Andrés.

Víctor y Raúl no lo abandonaron, lo ayudaron hasta que dieron con una casa de carboneros. Llegaron hasta las proximidades de Pálpite...

—Como están las cosas, como están los nervios, si de pronto nosotros les salimos del monte nos hacen un coladero, consideró Víctor.

Siguieron. Él sabía que en un lugar llamado Los Palos, cerca de La Boca, había dos gallegos en un plan

de carbón. Cuando los encontraron, les dijeron que había milicianos cerca. Era un buen lugar para tratar de hacer contacto. Víctor fue solo y, con las manos en alto, los llamó.

—¡Un mercenario! —gritó el primer miliciano que lo vio.

—No soy mercenario, coño.

—Eso lo veremos.

Lo comprobaron, después lo condujeron ante su jefe, un teniente de la Escuela de Responsables de Milicias de Matanzas.

—¿No saluda a un superior? —lo recriminó.

—¿Piensa que me quedan ganas de andar con boberías de esas?

El teniente se echó a reír.

—Tiene razón, lo que debo hacer es mandarlo en ambulancia para Jagüey Grande.

—Yo no quiero ambulancia, quiero irme con ustedes.

Lo ubicaron de práctico para llevar unos tanques hacia Buenaventura.

Al amanecer del 18 de abril, se encontraba de nuevo en Playa Larga.

Los mercenarios habían huido hacia Girón. Algunas tropas los persiguieron hasta Perdices, donde se hizo un alto. Víctor aprovechó y fue a ver a su familia.

Desde que escaparon de Caletón, Martica ya no era la misma. Estaba como ida, no comía nada, no tomaba ni una gota de agua. Qué miedo le daba a Flora que se le fuera a morir. ¡Tan chiquitica! Esa era la que le preocupaba. Los otros dos ya habían comido un poco de arroz amarillo con jicotea...

Flora sintió pena por los muchachos. Los pobres. A cada rato se paraban en el terraplén y miraban por si venía alguien, si le traían razones de la suerte de su padre. Todo en vano. Ahora, sin embargo, oye que decían: Viene papá. ¿Una broma? ¿Un espejismo? Flora corría, saltaba, gritaba, escandalizaba, como ellos mientras veían acercarse a Víctor.

Él los llevó hacia Jagüey Grande y luego se marchó otra vez.

Víctor sirvió de práctico a un grupo de milicianos que salieron a buscar mercenarios en desbandada por la zona de Palmilla. Encontraron unas huellas de botas tipo comando. Las siguieron monte adentro. Eran siete y estaban deshidratados.

—¿Nos van a matar? —preguntaba lloriqueando el único mercenario al que le quedaban fuerzas para hablar.

—No somos asesinos como ustedes.

Los trasladaron en un helicóptero. Víctor y el grupo de milicianos regresaron al Puesto de Mando. “Ya terminaron sus misiones, han servido como héroes a su país”, les reconocieron. Víctor regresó junto a Flora y sus muchachos. Una vida entera estaba por comenzar.